

## LIBRO TRIGÉSIMOPRIMERO

### QUERÉTARO

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Llegada de la emperatriz Carlota a París.—Napoleón III: sus inquietudes de todo género; su deseo de evitar toda entrevista.—Visita de la princesa a Saint-Cloud.—Recelosa actitud del ministro de los Estados Unidos.—Esfuerzos de la emperatriz Carlota: fracaso completo.—La emperatriz en Roma: su locura.
- II.—Maximiliano en el palacio de Chapultepec: las fronteras del imperio se estrechan.—Doble evolución: el general Osmont y el intendente Friant; el ministerio Lares; impotencia de sus esfuerzos.—Dificultades cada vez mayores.—Maximiliano se entera del estado mental de la emperatriz.
- III.—El general Castelnau: sus poderes: rareza de esta misión: circunstancias que la explican.—Maximiliano en Orizaba: indicios que hacen creer en su próxima abdicación.—Castelnau y Bazaine: situación recíproca de ambos.—Cómo y bajo qué influencias Maximiliano se inclina a permanecer en México.—Castelnau: su ardiente deseo de que el archiduque regrese a Europa.—Diferencias entre su modo de ver y el de Bazaine.—Intrigas y astucias diversas, rumores contradictorios.—El emperador renuncia a abdicar y anuncia en una proclama su regreso a la capital.
- IV.—Concentración de las tropas francesas en vista de un próximo embarque: desesperación y angustia de los que se han comprometido por nosotros.—Las órdenes llegadas de París tienden a desorganizar todos los regimientos mixtos (legiones austriaca, belga, cazadores) formados para la defensa de Maximiliano.—Nuevos rumores de abdicación: entrevista de Castelnau y de Maximiliano, y cómo se patentizan las divergencias entre Castelnau y Bazaine.—Inextricable confusión.—Maximiliano, que se había detenido cerca de Puebla, regresa a la capital y se establece en la hacienda de la Tega: opiniones diversas que le exhortan a deponer la corona.—Entrevista con Bazaine: el mariscal, después de haber parecido aconsejar el aplazamiento de la abdicación, parece participar de las ideas de Castelnau y es partidario de la abdicación inmediata.—Consejo del 14 de enero: la abdicación es desechada decididamente.—Separación definitiva de Maximiliano y de las autoridades francesas: esta separación se trueca en violenta ruptura.—Retirada del ejército hacia Veracruz: embarque; partida de Bazaine; último consejo enviado a Maximiliano, que no lo recibe.
- V.—Maximiliano después de la repatriación de las tropas francesas: el imperio se hace jirones; débil y frágil esperanza que conserva el archiduque; marcha hacia el Norte; entrada en Querétaro; Maximiliano deja pasar la ocasión de batir separadamente a sus enemigos; es encerrado dentro de Querétaro.—Sitio y toma de la ciudad (15 de mayo de 1867).
- VI.—Juárez: su constancia; acto decisivo que le granjeará fama a los ojos del mundo.—Diligencia intentada por el gobierno de los Estados Unidos aun antes de la caída de Querétaro, y cuál es el resultado de esta tentativa.—El gobierno de Juárez decide llevar al emperador ante una comisión militar.—Maximiliano en la cárcel: mezcla de resignación y de esperanza.—Los diplomáticos europeos: el barón Magnus.—Juárez en San Luis de Potosí: es acosado por los ruegos de los defensores de Maximiliano, por las súplicas del barón Magnus; mal éxito de estos esfuerzos; los monarcas europeos se dirigen a Washington para obtener la salvación de Maximiliano.—El proceso: proyectos de evasión; Maximiliano, Miramón y Mejía son condenados a muerte (14 de junio de 1867).—Nuevas diligencias; se acuerda un aplazamiento; supremas súplicas.—Últimos momentos y muerte del emperador (19 de junio de 1867).
- VII.—Incidentes que siguieron a la muerte de Maximiliano.—Juárez se niega a entregar su cadáver: petición del ministro de Austria y del barón Magnus.—Llegada del almirante Tegethoff.—Juárez exige una petición oficial.—La *Novara* transporta a Europa los restos del emperador.—Destino funesto que parece haber pesado sobre todos cuantos intervinieron en la empresa mexicana.

#### I

Hemos dicho de qué manera había salido para Francia la emperatriz Carlota en medio del abandono del imperio mexicano. El 8 de agosto de 1866 llegó a Saint-Nazaire. La primera noticia que recibió al desembarcar fué la de Sadowa, y este desastre de Austria le pareció un presagio. Hacía algunos días que Napoleón tenía conocimiento de su próxima llegada por la legación de los Estados Unidos y además por un aviso de Bazaine, transmitido igualmente por la vía de Nueva York. La noticia del acontecimiento era también conocida por el público, pero los periódicos oficiosos la habían tratado de *fábula absurda*. El general Almonte,

representante de Maximiliano, si bien algo molesto por no haber recibido ninguna notificación del viaje, fué al encuentro del paquebote, recibiendo a la soberana y acompañándola el día siguiente hasta París.

Una idea fija dominaba a la princesa, la de saber qué acogida recibiría de Napoleón. Al llegar a la estación de Orleans, se encontró con que, a consecuencia de una confusión, no la esperaban ningún dignatario de la corte ni ninguna carroza de palacio. En un simple coche de alquiler se trasladó al *Gran Hotel*, y, susceptible como lo son todos los desgraciados, vió en esta negligencia un comienzo de abandono. Mientras tanto, el emperador, interrumpiendo su cura en Vichy, había regresado a Saint-Cloud en un estado de extremo su-

frimiento. Recelosa, animada de febril impaciencia, la augusta viajera creyó ver en esta indisposición un pretexto; y para calmarla fué preciso asegurarle repetidas veces que la enfermedad del soberano era muy cierta. El 10 de agosto la emperatriz Eugenia fué a visitarla, conversando cordialmente con ella y esforzándose por suavizar con amables atenciones lo que tendría de duro, de desesperante quizás, la contestación oficial. Absorbida por el objeto de su misión, Carlota no se pagó de estas apariencias. Una energía ficticia la hacía sobreponerse a todas las fatigas y a todas las emociones. No tenía más que un pensamiento: salir de la incertidumbre y trasladarse cuanto antes a Saint-Cloud.

La emperatriz ansiaba la entrevista tanto como Napoleón hubiera deseado evitarla. Su enfermedad no disimulada era al mismo tiempo demasiado oportuna para que no se prevaleciera de ella. En la gran confusión de su política, ¡qué desagradable aumento de angustias le procuraba la llegada de aquella mujer joven, bella, inteligente, apasionada, muy resuelta a recordar todas las antiguas promesas, y a la cual sería a la vez imposible satisfacer y muy duro rechazar! La primera idea había sido ganar tiempo, aconsejar a la princesa que fuese a reunirse con su familia en Bruselas, y que a su regreso se decidiría lo que había de hacerse. Además se estaba en la creencia de que uno de los ministros podría hacer las veces del soberano y desvanecer las últimas ilusiones. Carlota no había venido de tan lejos para quedarse sin una solución. Pretendió una audiencia y la obtuvo. Acerca de esta famosa entrevista han circulado los más diversos rumores: se ha llegado a afirmar que la emperatriz, indignada por las impasibles negativas de Napoleón, se desató en palabras violentas. Tenía en sus manos la memoria acusadora contra Bazaine, y además poseía las cartas en que Napoleón había prometido a Maximiliano no abandonarle. El monarca invocó las resistencias del Cuerpo legislativo, los acontecimientos de Europa que reclamaban todas sus fuerzas; a nuevas instancias opuso luego aquella frialdad silenciosa que desconcierta con más seguridad que todas las razones. Refiérese que durante la entrevista la princesa exclamó, creyendo intimidarle: «Pues bien, si es así, abdicaremos.—Sea, abdicad,» contestó el emperador, más satisfecho que turbado. Y en efecto, entre todas las soluciones posibles, la abdicación era la que mejor salvaría la responsabilidad de Francia. Napoleón tenía a su alrededor vigilantes celosos, atentos a denunciar cualquier destello de compasión. A partir del 10 de agosto, Mr. Hay, encargado de Negocios de los Estados Unidos en París, anunciaba a Mr. Seward «la llegada de la esposa del archiduque Maximiliano.» Los días siguientes los periódicos hicieron algunas conjeturas acerca de la misión de la emperatriz.

Todo cuanto puede hacer una princesa valerosa para salvar su trono y guardar su honor, lo hizo Carlota. No habiendo podido convencer al emperador, intentó conquistar a sus ministros, celosa de utilizar todas las probabilidades, aun las más débiles. Desde su llegada había visto al Sr. Drouyn de Lhuys; vió también al Sr. Rouher; llamó igualmente a su presencia al mariscal Randón; y en fin, se entrevistó con el Sr. Fould: en todas partes halló el respeto que merecía por su infortunio, las simpatías que inspiraban su alta intelligen-

cia y su gran corazón; y en todas partes también escuchó la misma confesión de impotencia. Con el ministro de la Guerra habló, afectando confianza, del porvenir de México, de los recursos que de él podrían sacarse; luego quejóse de Bazaine, limitándose el mariscal a contestarle tristemente que los plazos de la evacuación no podían prolongarse. Aun aquellos a quienes la princesa seducía hacían resistencia a sus propios impulsos. Dícese que un día el Sr. Fould escuchó durante dos horas a la joven soberana, la cual con extremada abundancia de miras y con la más comunicativa elocuencia abogó por la causa de México. El ministro, encantado, semi convencido, disimuló con una amable lisonja la negativa que se veía obligado a formular. «Permítame Vuestra Majestad que me retire, dijo, pues acabaría por hacerme olvidar que como ministro de Hacienda no debo participar de vuestra manera de ver acerca de la oportunidad de prolongar la expedición.»

El 23 de agosto la princesa salió de París, trasladándose a Miramar y desde allí a Roma. El fracaso era completo. Una carta fechada en Saint-Cloud y escrita a Bazaine en aquellos mismos días por el emperador de los franceses muestra cuán inútil hubiera sido ya toda insistencia. «He declarado francamente a la emperatriz Carlota, decía Napoleón, que me era imposible proporcionar a México más hombres ni más dinero.» Napoleón entreveía como una solución verosímil la abdicación de Maximiliano, preveía el establecimiento en México de una república, y se limitaba a formular el modesto voto de que fuese lo menos mala posible. «Cuento con vos, añadía en una frase que revelaba todo su abatimiento, cuento con vos para librar a Francia de esta cuestión mexicana que nos arrastra hacia insolubles dificultades (1).»

Este supremo y doloroso desenlace no lo vería la esposa de Maximiliano. A fines de septiembre, estando en Roma, donde intentaba negociar un convenio con la Santa Sede, sintió en el mismo Vaticano los primeros síntomas de la enfermedad que debía obscurecer su espíritu. Conducida a Miramar, el descanso y los cuidados procuráronle momentos de lucidez, pero luego las tinieblas la invadieron y la envolvieron nuevamente. Por lo visto, todo lo que se refería a México parecía estar bajo el influjo de una suerte funesta. El mundo se enteró con emoción de este nuevo golpe del destino; admiró el valor de la princesa, y con unánime sentimiento compadeció su infortunio, el cual más tarde pareció un beneficio, pues la noche que se extendió sobre su inteligencia, sin dejarle más que vagas y fugaces percepciones, fué menos cruel que la plenitud de luz que le hubiese mostrado sus desgracias.

#### II

Después de haber acompañado a la emperatriz hasta Río Frío, Maximiliano había regresado a Chapultepec: allí volvieron a asaltarle sus preocupaciones, siendo la principal la del imperio que decididamente se desmembraba. El 3 de julio había salido Bazaine para San Luis de Potosí, no tanto para presidir los asuntos militares,

(1) Carta de Napoleón III a Bazaine, 29 de agosto de 1866 (Pablo Gaulot, *Fin d'Empire*, pág. 145).



cuanto con la esperanza de escapar á las importunas quejas del soberano. Lejos de pensar en recobrar los territorios perdidos, ó de afianzar las posiciones inseguras, el mariscal sólo tenía un pensamiento: concentrar poco á poco su ejército y mantener la seguridad de las carreteras por donde aquél se dirigiría hacia el mar. Dos gruesos cuerpos de tropas ocupaban desde hacia tiempo los distritos septentrionales del imperio: al Nordeste la división Douai, que se extendía hasta Monterrey; al Noroeste la división Castagny, que anteriormente había llegado á Chihuahua. Desde San Luis de Potosí el comandante en jefe cuidó de la ejecución de las órdenes encaminadas á hacer volver hacia las provincias centrales los batallones demasiado comprometidos. Al Nordeste Monterrey fué evacuado el 26 de julio, Saltillo el 5 de agosto, y nuestros soldados se limitaron á defender Matehuala, Tula, Venado, esperando el día próximo en que bajarían aún más hacia el Sur. Al Noroeste el punto extremo de las guarniciones francesas fué Durango, que debía ser abandonado muy pronto. En el litoral del Pacífico sólo ocupábamos, propiamente hablando, dos ciudades, Guaynas, que íbamos á abandonar, y Mazatlán, en que estábamos estrechados. El general Castagny se estableció en León (1). Cada retroceso provocaba en Chapultepec una dolorosa sorpresa con mezcla de consternación y de cólera. Entretanto, tívose noticia de un grave descalabro: la caída de Tampico en manos de los disidentes. Con su salida para San Luis de Potosí Bazaine había intentado inútilmente librarse de los cargos que podían hacersele. Los despachos violentos del emperador fueron á encontrarle aun en su cuartel general. Maximiliano deploraba la pérdida de Monterrey, señalando con ironía «los resultados de la campaña emprendida en el Norte.» Prevaliéndose de su título de soberano, pedía que se le comunicase anticipadamente el plan de las operaciones: «De este modo, añadía con marcada amargura, tendría alguna probabilidad de salvar á los adictos á su imperio y podría al menos avisar á tiempo á los infelices funcionarios que se habían sacrificado por la causa imperial.» Bazaine, para defenderse, sólo hubiera tenido que invocar las instrucciones tan formales cuanto rigurosas de su gobierno; pero no ignoraba los informes que Maximiliano había hecho llegar á París acerca de su conducta; no faltaban oficiosos que le refiriesen con toda suerte de exageraciones los propósitos mal intencionados que corrían por el palacio imperial; su naturaleza, más vulgar que generosa, le inclinaba mal al respeto hacia el desgraciado príncipe. No satisfecho con defenderse, hízose á su vez acusador: si el emperador no había conocido sus planes, es que Su Majestad no se había dignado recibirle antes de su salida de México: la hostilidad de las poblaciones y toda suerte de consideraciones políticas y militares justificaban el movimiento de retirada: más valía conservar un territorio limitado que gastarse en luchas inútiles en los extremos: los funcionarios para con quienes el emperador mostraba tanta solicitud habíanse sin duda ya garantido contra la vuelta de los juaristas: la incapacidad ó la inercia de los antiguos ministros del imperio era la causa principal de las presentes dificultades. «Vuestra Ma-

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 480.

jestad, añadía Bazaine, provoca explicaciones; se las doy completas.» Y terminaba anunciando una doble y próxima evacuación, la de Guaymas y la de Mazatlán.

Sin embargo, Maximiliano, retirado en Chapultepec, se consumía buscando algún medio salvador. Estaba falto de todo: de dinero, de soldados, de partidarios, de alianzas. A pesar de ello, el príncipe llegó á persuadirse de que no estaba perdido todo. Una cosa podía evitar ó retrasar su ruina: una vigorosa y hábil maniobra que de buen ó mal grado mezclaría otra vez á Francia en los asuntos mexicanos de los cuales estaba pronta á desligarse. Aun fuera del auxilio de los franceses, el imperio, en medio de su desfallecimiento, podría encontrar un recurso, al menos pasajero, en el apoyo de los conservadores mexicanos, que anteriormente habían deseado, querido, proclamado la monarquía. La esperanza de mantener estas últimas probabilidades inspiró en su tiempo al archiduque dos evoluciones sucesivas que merecen ser relatadas.

De ambas evoluciones la primera parece haber sido imaginada desde principios de julio de 1866. Hasta entonces Maximiliano se había dedicado con ahínco á afianzar su soberanía, á sustraerse de la tutela francesa: por el contrario, Bazaine, tan celoso de autoridad como el príncipe lo estaba de independencia, no había desechado ninguna ocasión de extender la mano por todas partes. Haciéndose cada vez más precaria la suerte del imperio, inauguró el soberano una conducta completamente distinta y refinadamente habilidosa. El plan ya no consistió en apartar nuestra influencia, sino en mezclarla, por el contrario, en todas las cosas. Se proponía á los franceses para los cargos militares y además para los empleos civiles; poco á poco, insensiblemente, inclinábase hacia ellos todas las responsabilidades: de este modo Francia estaría de tal modo metida en la empresa, que el socorro continuaría, por la fuerza de las cosas y á despecho de todas las declaraciones contrarias. Marcaron esta nueva orientación varios indicios. Desde el comienzo de su reinado Maximiliano se había mostrado muy atento á sustraer sus súbditos á los rigores de las jurisdicciones militares: se le vió, cambiando bruscamente, proponer á Bazaine el establecimiento del estado de sitio en todas las provincias del imperio: de este modo transmitiría á los comandantes militares franceses el cuidado del orden, la responsabilidad del reposo público, en una palabra, los atributos reales del poder. El príncipe habíase lamentado en diferentes ocasiones de sus apuros financieros: sin embargo, aceptó silenciosamente las exigencias de su aliado, y por una convención del 30 de julio de 1866 confirió á Francia, como lo pedía la nota del 31 de mayo, la mitad de la renta de las aduanas marítimas. Esta docilidad, que llegaba hasta enajenar los más indispensables recursos, demostraba la voluntad de no dar á los franceses ningún pretexto para una retirada anticipada, de conservar á su favor, hasta el fin y á todo precio, si no á Bazaine, por lo menos á Francia. Una medida mucho más significativa mostró mejor aún la tendencia de Maximiliano á mezclarse con los franceses. De todos los ministerios, los dos más importantes eran el de la Guerra y el de Hacienda. A fines de julio confió Maximiliano las dos carteras á sendos oficiales de nuestro ejército: el general Osmont fué nombrado ministro de la Guerra,

y de Hacienda el intendente general Friant. El juego era hábil y propio para embarazar al protector. Si el emperador no salvaba su trono, habría por lo menos logrado crear una especie de *imbroglio* que sería para él una pequeña revancha en medio de sus reveses. ¿Cuál sería la situación de los nuevos ministros, subordinados como tales á Maximiliano, y como oficiales franceses á Bazaine? ¿Podría Francia mostrar desinterés por un poder que ejercía de hecho por sus propios oficiales? ¿Los franceses sólo aspiraban á abandonar México, y he aquí que se ponían á gobernarlo!

Tal fué la primera evolución. La segunda siguió de bastante cerca. A su llegada á México, Maximiliano había elegido sus consejeros entre los liberales, y por sus halagos á los juaristas había contristado grandemente á los que le llamaran. El proyecto era formar un gran partido nacional en que se fundiesen los mejores elementos de todos los demás partidos. Una larga serie de éxitos hubiese favorecido este plan: bajo la acción disolvente de los contratiempos, el pretendido partido nacional acababa de disolverse. Amenazado de quedarse solo, Maximiliano recordó á sus primeros amigos, los cuales estaban demasiado comprometidos para tener interés en traicionarle; por lo demás, encarnaban en ellos ciertas tradiciones de honor y de fidelidad extremadamente raras en México; fuera de esto, eran ricos, muy ricos. Gracias á ellos, el príncipe podría sostenerse, si no como monarca verdaderamente popular, al menos como jefe de partido; y esta perspectiva, aunque mediocrementemente seductora, era cuanto podía entonces esperarse. En los primeros días de septiembre el Sr. Lares fué nombrado jefe del gabinete y proveyó las Carteras que los franceses no desempeñaban. El Sr. Lares era amigo del arzobispo de México, de suerte que su nombre significaba protección de los intereses conservadores é inteligencia con la Santa Sede. El 16 de septiembre fué celebrada bajo sus auspicios la *fiesta de la Independencia*, de la cual Maximiliano, con particular cuidado, se esforzó en realzar las pompas, como para reanimar en torno suyo los últimos restos de confianza.

En vano el desventurado emperador buscaba entre sus aliados ó entre sus amigos de otro tiempo algún elemento de estabilidad. Su destino le condenaba á no entretener en lo sucesivo más que destellos de esperanza. A sus esfuerzos para comprometer á los franceses correspondía un trabajo contrario del comandante en jefe, atento á repudiar toda solidaridad peligrosa. Entre el monarca y el mariscal había entablado una lucha—que tenía algo de comedia, pero de comedia triste—para achacarse la empresa de México, ya desahuciada. Sagaz hasta la astucia, Bazaine, irritado, por otra parte, en contra del príncipe que le ofendía con sus reproches, á la par que esforzándose por atraerle, puso todo su empeño en declinar los presentes *in extremis* de Maximiliano. Rehusó prestarse al establecimiento de un estado de sitio que hubiese conferido á sus oficiales el gobierno real de México, y se guardó de toda inmixción en los asuntos interiores. En cuanto al general Osmont y al intendente Friant, les toleró que entraran en el ministerio, pero pronto se arrepintió de su condescendencia. Vuelto á México el 26 de agosto, no disimuló cuán inconciliable le parecía el doble papel de consejero del emperador con el de soldado de Francia. En fin,

puso á los dos oficiales en la alternativa de que optaran entre servir á su país ó servir á México, anticipándose en esto á las decisiones del gobierno francés, el cual no satisfecho con desaprobar la combinación, la rechazó públicamente en un artículo del *Monitor*. Así se veían descubiertas las últimas habilidades de Maximiliano. En cuanto á la evolución hacia el partido conservador, no tendría tampoco resultado decisivo. Los conservadores no contaban ni con el número ni con la influencia: el estado precario en que había caído la monarquía aumentaría su descrédito. Todo cuanto podía esperarse del concurso de aquéllos sería algunas contribuciones en dinero, supremo recurso que prolongaría el imperio sin salvarlo.

Acababa de inmergirse un cable entre los Estados Unidos y Europa, el cual, acelerando la transmisión de los despachos, no haría más que apresurar para Maximiliano la certidumbre de su abandono: de este modo supo el desgraciado príncipe, á fines de agosto, el fracaso de la emperatriz Carlota. Las noticias del interior del país no eran menos desconsoladoras: el edificio que Europa se negaba á sostener se derrumbaba piedra tras piedra en México. Mientras al Norte se estrechaban las fronteras del imperio, fortificábanse los disidentes en el Sur con Alvarez y Porfirio Díaz; en Michoacán nos tenían en jaque con Regulez; más aún, lanzaban sus guerrillas hasta las provincias centrales. En la costa occidental, Tuxpán acababa de sufrir la misma suerte de Tampico. Las ventajas del enemigo, su creciente osadía, debilitaban la fidelidad entre las tropas indígenas y propagaban el descorazonamiento entre los cuerpos auxiliares. Varios batallones de cazadores, creados hacía poco con grandes trabajos, mostraban dudosas disposiciones, y en nuestra legión extranjera se habían comprobado numerosas deserciones. Los austriacos, aunque bravos y firmes, cedían á la lasitud, eran antipáticos á la población y sólo soñaban en el regreso. Mucho más castigada, la legión belga atravesaba por una serie de crisis que llegaban á poner en peligro su existencia.

Durante este tiempo una de las brigadas francesas se dirigía hacia la costa: eran las tropas que debían repatriarse primero y, según la declaración del *Monitor*, embarcarse en el otoño de 1866. Cuando iban á hacerse á la mar, llegó de Francia una contraorden y retrocedieron hacia el interior: cambio que no fué debido á un retorno á la solicitud á favor del imperio mexicano, sino, al contrario, á un escrúpulo de prudencia. Napoleón acababa de decidir que nuestro cuerpo expedicionario, en vez de salir en tres veces, se embarcase en masa en la primavera de 1867. El emperador de los franceses estaba, en efecto, muy impresionado por los progresos de las fuerzas juaristas; dominado por esta impresión, temía que la última columna, al quedar sola en tierra extranjera, y muy inferior al enemigo, sufriese alguna afrenta indigna de nuestras armas.

Sin embargo, los correos llegados de Europa no habían revelado todavía á Maximiliano la mayor de sus desgracias. Uno de los familiares del emperador, que fué en aquel tiempo su médico particular y no le abandonó hasta el fin, el doctor Basch, ha referido cómo le llegó al príncipe la fatal nueva. Era el 18 de octubre, en cuanto es posible fijar las fechas algo inciertas. Aquel



día llegaron á México dos despachos, transmitidos ambos por el cable. Al recibirlos, el emperador sintió verdadera aprensión, y en seguida los entregó á un austriaco de su séquito, el consejero de Estado Herzfeld, para que los descifrara. Este, en cuanto hubo restablecido las primeras palabras, palideció, y esforzándose por disimular su turbación, fingió que no comprendía. Vagamente habló de una persona enferma y que sería, dijo, una de las damas de la emperatriz. «Debe suceder algo horrible, interrumpió Maximiliano; pero hable, hable usted, estoy preparado á todo.» Herzfeld vaciló todavía; intentó disimular, y por fin apareció la verdad. Un instante después, Maximiliano llamaba al doctor Basch, que había asistido al comienzo de la escena, pero que se había retirado después; y haciendo alusión á uno de los pasajes del despacho: «¿Sabe usted, le preguntó ansiosamente, quién es el doctor Riedel de Viena?—Es, replicó el doctor Basch, el director del manicomio.» Esta contestación fué el último rayo de luz. Maximiliano no ignoraba ya nada de su desgracia (1).

## III

El paquebote *Emperatriz Eugenia*, que había llevado en 15 de julio á Europa á la princesa Carlota, reapareció á mediados de octubre en aguas de Veracruz. Entre los pasajeros que desembarcaron encontrábase el general Castelnau, ayudante de campo del emperador. En tiempo normal, y en el ir y venir de militares que las necesidades del servicio llevaban á México ó devolvían á Francia, el desembarque de un nuevo oficial general no hubiera sorprendido mucho; sin embargo, la empresa se acercaba á su término y eran poquísimos los que llegaban. No vacaba ninguno de los mandos superiores del ejército, y el crédito personal del general, sus funciones cerca del soberano, eran muy propias para atraer la atención. En el cuerpo expedicionario y entre los mexicanos la curiosidad era vivísima. Sospechóse algo raro, insólito. Lo que nadie hubiera adivinado eran los poderes exorbitantes de que el recién llegado estaba investido, poderes que abarcaban á la vez la política y la guerra sin excepciones, y que, por otra parte, no debía poner de manifiesto más que en caso de necesidad: debía vigilar la evacuación y visar todas las órdenes destinadas á asegurarla; podría, cuando bien le pareciese, autorizar las operaciones que se juzgasen necesarias; intervendría en todos los consejos y fiscalizaría, si lo juzgaba conveniente, todas las medidas propuestas por la autoridad francesa en la esfera diplomática, militar ó civil. Verdadero representante del soberano, había de ser el portavoz y el intérprete del emperador, y todas las autoridades francesas, incluso el mariscal, estaban obligadas á ceder ante sus requisitorias escritas. Al final de la nota por la cual Napoleón instituí esta misión extraordinaria, una sola palabra resumía los poderes de su mandatario: «El general Castelnau debe considerarse que obra como obraría yo mismo.» A primera vista la resolución del emperador parecía ofrecer más inconvenientes que ventajas. La duración de la guerra, el aislamiento y el abandono de las guarniciones lejanas, la

(1) *Erinnerungen aus Mexico, Geschichte der letzten zehn Monate des Kaiserreichs*, von doctor Basch, tomo I, págs. 45-47.

obscuridad de los asuntos políticos ó militares, todo había enervado un poco los hábitos de disciplina. ¿Qué quedaría de los vínculos de subordinación si se veía un general de brigada sobreponerse á un mariscal de Francia? La sola aparición de aquel enviado todopoderoso, de aquel legado á *latere*, haría pesar sobre Bazaine una sospecha general que destruiría su prestigio ya muy disminuido. El emperador había comprendido todo lo que tendría de contrario á la jerarquía semejante designación. La misión estaba rodeada de una especie de misterio.

Lo que es difícil de justificar desde el punto de vista de las reglas ordinarias ó de la disciplina, se explica por las ansiedades del emperador, por el estado de la opinión pública, por las dificultades complejas á que nos había arrojado la desgraciada cuestión de México.

México, no nos cansaremos de repetirlo, había llegado á ser en aquella época un verdadero tormento para Napoleón, asediado por múltiples advertencias. La empresa pesaba sobre toda nuestra política exterior, absorbía una parte considerable del material disponible de guerra, destruía el equilibrio de nuestros presupuestos: de ahí las observaciones ansiosas de los ministros de Negocios extranjeros, de la Guerra y de Hacienda. El Sr. Fould era el más alarmado de todos: en esta misma época y en una memoria muy extensa suplicaba al emperador que pusiese cuanto antes fin á todo (2). Durante mucho tiempo se había creído que las riquezas mexicanas, una vez explotadas, nos resarcirían de todos los sacrificios; para mantener esta esperanza el *Monitor* se había dedicado á publicar de cuando en cuando los cuadros ascendentes de los ingresos aduaneros. Esta progresión se había detenido: más aún, todos los puertos de los dos Océanos, salvo el de Veracruz, estarían pronto en manos del enemigo. Los que tenían derecho á indemnización no tenían confianza en sus reclamaciones; los suscriptores á los empréstitos temían por su crédito. El director del *Comptoir d'Escompte*, Sr. Pinard, que adquiriera el resto de las obligaciones mexicanas cedidas á Francia, había invocado desde el mes de mayo la cláusula resolutoria que, en caso de fuerza mayor, es decir, de caída del imperio mexicano, le eximía de la ejecución del contrato. A pesar de varios requerimientos, se negaba á efectuar las entregas de dinero y á admitir las de títulos. Bajo todas estas influencias el empréstito al 6 por 100 de 1864 había descendido á 27 francos y las obligaciones de 1865 á 160 francos; sin embargo, los portadores esperaban con ansiedad la época de cortar el cupón, es decir, el vencimiento de 1.º de octubre. El 18 de septiembre un aviso fijado en la Bolsa anunció que no habiendo hecho el gobierno mexicano ningún envío de fondos, quedaba aplazado el pago. Con objeto de atenuar esta nota triste, recordó el presidente de la comisión que estaba destinada á la reconstitución del capital una cantidad de 34 millones. El consuelo pareció flojo, y los prestamistas, desengañados, desatáronse en reproches menos contra México, que no conocían, que contra el gobierno francés, al que hacían responsable de su desgracia. En medio de todos estos sinsabores, los americanos de los Estados Unidos seguían siendo una gran preocupación. Vigilaban cuida-

(2) Véase *Papiers des Tuilleries*, tomo II, págs. 73 á 77.

dosamente nuestros puertos por temor de que ningún barco llevase socorros á México. Con afectación mortificante negábanse á tratar con nosotros á no ser por notas escritas. Habiendo sido nombrados ministros de Maximiliano el general Osmont y el intendente Friant, un despacho casi insolente de Mr. Seward señaló en seguida este doble nombramiento como incompatible con el próximo llamamiento de nuestras tropas. En su prisa por vernos partir, el gabinete de Washington había establecido á nuestro alrededor un verdadero espionaje y ejercía sobre todos nuestros actos una verdadera inquisición.

Todas estas preocupaciones habían seguido al emperador en sus excursiones á Vichy, y á Saint-Cloud. Con impaciencia de enfermo aspiraba á desembarazarse de México, pero la salida había de ser aún más difícil que trabajosa fué la entrada. Sería menester concentrar de todos los puntos del país nuestros destacamentos dispersos, encaminarlos hacia el mar en una actitud ni provocativa ni temerosa, y durante este largo trayecto guardarlos contra toda sorpresa del enemigo. Sería preciso también no disgustar á los Estados Unidos, pero sin que sus intimaciones precipitasen nuestra marcha y sin que ésta tuviese el carácter de una expulsión. A ser posible, habría que impedir allí que se produjese una anarquía peor que la que habíamos anteriormente denunciado y vencido. Sobre todo, habría que salvar, aunque fuese á pesar suyo, al príncipe á quien se había comprometido, y qué otro medio de salvarlo que llevarse consigo? ¿De quién fiarse para una misión tan dificultosa? Napoleón tenía en sus manos una serie de cartas, de notas y de memorias, todas recibidas de México y todas mutuamente acusadoras: Maximiliano acusaba á Bazaine, y Bazaine á Maximiliano; la emperatriz Carlota en la audiencia de Saint-Cloud había enumerado hacía poco sus cargos contra el comandante del ejército, contra Francia misma. A éstos se añadían los despachos del jefe de la misión francesa, Sr. Dano, los informes de los inspectores de Hacienda, y además toda suerte de correspondencias manuscritas, comunicadas ó interceptadas. De todas estas correspondencias, las más graves y también las más sombrías eran las cartas del general Douai, irritado contra Bazaine hasta la exasperación, y mofándose de los hombres y de las cosas con una fantasía sin trabas. De esta abundancia de documentos, casi todos contradictorios, se había originado en el espíritu del emperador una inmensa confusión y una desconfianza general contra todos sus agentes: de ahí una idea en la cual el príncipe se había complacido, la de buscar en torno suyo un intérprete fiel de sus deseos. Castelnau era instruido, de espíritu recto, inaccesible á la corrupción y además reservado como un diplomático y algo altanero en su trato. En esta ocasión semejante rigidez sería ventajosa, puesto que desconcertaría toda pregunta indiscreta y esquivaría toda familiaridad inoportuna. Todos estos motivos habían decidido al emperador á elegirle. El general sería, como se ha dicho, el *alter ego* de Napoleón. En cuanto á su misión, podía resumirse en una palabra: terminar á toda costa y de la manera más ventajosa para los intereses de Francia la empresa de México; obtener la abdicación de Maximiliano, traerlo consigo á Europa, hacer de modo que esta desgraciada cuestión

pudiese ser olvidada como una pesadilla y relegada al pasado. En otro tiempo, en la primavera de 1864, cuando Maximiliano permanecía indeciso en Miramar, el general Frossard fué enviado á Austria para recabar su aceptación y activar su marcha. La misión de Castelnau había de ser el reverso de la misión Frossard. Castelnau también debería precipitar la marcha del príncipe, pero esta vez para Europa. Había de ser el liquidador de la quiebra mexicana, el mensajero de la abdicación.

De este modo quedaba explicado el viaje del general. Al alejarse de la costa y al aproximarse á México, pareció durante algunos días que el desenlace que perseguía iba á realizarse por sí solo.

Hemos dejado á Maximiliano abrumado por su gran dolor. Todo se derrumbaba en torno suyo, su felicidad privada lo mismo que su trono. Bajo la doble influencia del clima y de las preocupaciones, su salud se debilitaba y frecuentes accesos de fiebre minaban sus fuerzas. Por los correos de Europa había sabido los desastres de Austria, y estas noticias despertaron en él un doble pesar: el de ver á su país reducido, y el de considerar que había ido á buscar locamente muy lejos el gran papel que su propia patria le hubiese quizás reservado. En el fondo era el príncipe de alma débil, tenía aspiraciones ambiciosas, pero no la firme tenacidad que distingue á los verdaderos ambiciosos. El peso de tantas desgracias comenzó á doblegarle como el de una carga demasiado pesada. El 20 de octubre escribió á Bazaine una carta cuyo tono contrastaba mucho con el de sus precedentes comunicaciones. Anunciábale su intención de trasladarse á Orizaba: para justificar el viaje invocaba Maximiliano la opinión de los médicos que á fin de curar sus fiebres le aconsejaban un cambio de clima, y además el deseo de acercarse á la costa para recibir antes las noticias que esperaba de Miramar. «Con la mayor confianza, continuaba el emperador, me fio de vuestro tacto para el mantenimiento del orden en la capital.» En tono cada vez más afectuoso proseguía el príncipe: «En estas circunstancias dolorosas y difíciles cuento más que nunca con la lealtad y la amistad que me habéis siempre demostrado (1).» Para quien leyere entre líneas, esta carta parecía indicar en el príncipe un estado de espíritu completamente nuevo: era triste como una despedida. Lo más significativo era el proyecto de viaje. Esta ida á Orizaba ¿no era la primera etapa hacia Europa? ¿Y no quería el príncipe aprovechar las últimas horas propicias, aquellas en que el camino estaba libre todavía y en que la retirada no parecería una fuga?

El 21 de octubre, mucho antes de amanecer, Maximiliano abandonó Chapultepec, y pasando de largo por México, á cuyo fin dió un rodeo por el Sur de la gran ciudad, tomó la carretera que conduce hacia el Oeste. Habiéndose propalado la noticia, fué general la creencia de que, más que de una ausencia momentánea, se trataba de una marcha definitiva. El jefe del gabinete, Sr. Lares, tuvo intención de dimitir y dicese que sólo consentió en conservar su cargo á instancias del mariscal y á fin de asegurar la tranquilidad pública. Sin embargo, al entrar el emperador en Ayotla, se encontró con que

(1) Carta del 20 de octubre de 1866 al mariscal Bazaine (véase la defensa del Sr. Lachaud, proceso Bazaine, *Gazette des Tribunaux*, 8 de diciembre de 1873).